



PONTIFICIA
UNIVERSITÀ
GREGORIANA

Istituto di Antropologia



***English Version**

John 9:1-41

(March 15th 2026)

The story of the man born blind in today's Gospel raises questions. Those who hear it again after a long time usually focus on the way Jesus heals here. He spits on the ground, mixes his saliva with the dirt to form a paste, which the blind man is told to spread on his eyes and then wash off. The blind man becomes sighted. How does that work? Strange! And anyway, who exactly is this nameless blind man? The information about him is rather sparse: blind from birth, a beggar, his parents Jews. But what exactly was his affliction? What happened to him afterwards? What was his name? All in all, these are interesting questions, but compared to what the text is actually about, they are more or less meaningless.

Jesus himself provides us with the key to understanding the whole story in today's Gospel when he says that the works of God should be revealed in him, the blind man (John 9:3). Jesus understands blindness not "only" as a medical problem, but above all as a problem of lack of understanding and lack of insight into God's presence, his work and commandments, and our relationship with him. This becomes clear at the end of today's Gospel text, where Jesus engages the Pharisees in a conversation about whether they are to be counted among the seeing or the blind (Jn 9:1-41).

This opens up a topic that plays a role that should not be underestimated, especially in the context of safeguarding. At its core, it is about perception and sensitivity towards those who are affected by abuse. In this context, the following questions arise. Are we able to recognize in those affected the wounded, the vulnerable, and the marginalized, to whom Jesus turned in a special way during his life? Are we prepared to treat them with empathy in following Jesus? Do we have the ability to make God's justice tangible to them through our actions of solidarity? Or are we blind to their suffering? Indifferent to the injustice they have suffered? Sluggish in recognizing the urgent need for action on behalf of those affected?

Whether we are blind, numb, and sluggish, or seeing, empathetic, and supportive depends on whether we, like the blind man in today's Gospel, allow Jesus to heal us and open our eyes; whether we, like the healed blind man, confess Jesus and believe in him (Jn 9:38). Such a confession and such faith do not remain without consequences.

Those consequences are already evident in today's Gospel, and are equally effective in the context of safeguarding. In the Gospel, the healed blind man is questioned almost inquisitorially by the Pharisees. They express their doubts as to whether the healing was done properly, whether it was lawful and did not violate existing religious laws (John 9:13-17). The blind man's parents seem to distance themselves from him somewhat and actually want nothing to do with the healing (John 9:18-23). Instead of being happy and grateful that their son can see, they are worried that the healing by Jesus will lead to their exclusion from the synagogue. That these worries are not entirely unfounded becomes apparent when the healed man himself is cast out because he does not turn away from Jesus (John 9:34).

Safeguarders may also have similar experiences when they see the plight of those affected and act with empathy and solidarity on their behalf. Safeguarders must be prepared to face questions about whether they are really allowed to do all this and whether they are correctly perceiving what is essential to safeguarding. They must expect to have their support withdrawn as soon as they ask about perpetrators and the appropriate way to deal with them, and insist on this. Finally, safeguarding professionals must also be aware that their commitment to victims of abuse can lead to them being more or less excluded from the community they would otherwise be part of, or at least partially excluded. They are perceived as a disruptive factor.

Safeguarding can be exhausting. It requires taking a stand. It is as much a part of being a committed Christian as praying and attending church on Sundays.

Questions

How has my perception of victims of abuse changed over time? How can I improve my perception of these people?

Prayer

Lord Jesus Christ, you made the blind see. Open our eyes and hearts so that we may recognize and understand those among us who have experienced abuse.

Versión en español

Jn. 9, 1–41

(15 marzo 2026)

La historia del Evangelio de hoy sobre el ciego de nacimiento plantea una serie de preguntas. Cuando la escuchamos de nuevo después de algún tiempo, solemos detenernos en la forma de curar de Jesús. Escupe en la tierra, hace una especie de barro con la saliva y le dice al ciego que se lo unte en los ojos y que luego vaya a lavarse. El ciego vuelve a ver. ¿Cómo es posible? ¿Qué extraño! Y, además: ¿quién es exactamente este ciego sin nombre? La información que se nos da es más bien escasa: es ciego de nacimiento, mendigo y sus padres son judíos. Pero ¿qué enfermedad padecía exactamente? ¿Qué fue de él? ¿Cómo se llamaba? En definitiva, son preguntas interesantes. Pero, en comparación con lo que realmente trata el texto, carecen de importancia.

El propio Jesús nos da la clave para comprender todo lo que ocurre en el Evangelio de hoy cuando dice que las obras de Dios se manifestarán en el ciego (Jn. 9,3). Jesús no entiende aquí la ceguera “solo” como un problema médico, sino sobre todo como un problema de falta de comprensión y de ausencia de reconocimiento de la presencia de Dios, de su acción, de sus mandamientos y de la relación con Él. Esto queda claro al final del texto, cuando Jesús entabla una conversación con los fariseos sobre si ellos deben contarse entre los que ven o no (Jn. 9,1–41).

Con ello se abre un tema cuya importancia no debe subestimarse en el contexto del *safeguarding*. En el fondo, se trata de la capacidad de percibir y acoger con sensibilidad a quienes han sufrido abusos. En este contexto surgen las siguientes preguntas: ¿Somos capaces de reconocer en las víctimas a los heridos, vulnerables y marginados a los que Jesús se acercó especialmente en su vida? ¿Estamos dispuestos a tratarlos con empatía, siguiendo el ejemplo de Jesús? ¿Tenemos la capacidad de hacerles experimentar la presencia de Dios, que es fuente de justicia, a través de nuestras acciones solidarias? ¿O estamos ciegos ante su sufrimiento? ¿Indiferentes ante la injusticia que han sufrido? ¿Pasivos ante la urgente necesidad de actuar en favor de las víctimas? Ser ciegos, indiferentes y pasivos, o bien personas capaces de ver, de empatizar y de ser solidarias, depende de si, como el ciego del Evangelio de hoy, dejamos que Jesús nos cure y nos abra los ojos; y de si, como aquel ciego ya curado, confesamos nuestra fe a Jesús y creemos en Él (Jn. 9,38). Una confesión y una fe así no quedan sin consecuencias.

Dichas consecuencias ya se perfilan en el Evangelio de hoy y son igualmente eficaces en el contexto del *safeguarding*. El ciego curado es interrogado casi de manera inquisitorial por los fariseos. Expresan sus dudas sobre si la curación se realizó correctamente, si es legítima y si no contradice las leyes religiosas (Jn. 9,13–17). Los padres del ciego parecen distanciarse un poco de él y en el fondo no quieren tener nada que ver con la curación (Jn. 9,18–23). En lugar de alegrarse

y estar agradecidos porque su hijo puede ver, temen ser expulsados de la sinagoga a causa de la curación de Jesús. Se demuestra que estos temores no son del todo infundados cuando el hombre curado, al no querer apartarse de Jesús, es expulsado (Jn. 9,34). Quienes trabajan en *safeguarding* pueden tener también experiencias similares cuando ven la situación de las víctimas y actúan con empatía y solidaridad por ellas. Deben aceptar que se les pregunte si realmente pueden hacer todo eso y si identifican correctamente lo que es esencial para el *safeguarding*.

Deben contar con que se les puede retirar el apoyo en el momento en que empiecen a preguntar por los agresores y por el trato que corresponde darles, e insistan en ello. Por último, quienes trabajan en *safeguarding* también deben ser conscientes de que su compromiso con las víctimas de abuso puede hacer que, en mayor o menor medida, queden excluidos de la comunidad que de otro modo los acogería plenamente, o al menos que se les mantenga en cierta medida al margen. Con frecuencia se les percibe como un elemento perturbador. El *safeguarding* puede ser agotador. Requiere posicionarse. Forma parte de un cristianismo decidido, tanto como la oración y asistir a misa los domingos.

Preguntas

¿Cómo ha cambiado mi manera de ver a las víctimas de abuso a lo largo del tiempo? ¿Cómo puedo mejorar mi manera de percibir y comprender a estas personas?

Oración

Señor Jesucristo, tú hiciste que los ciegos vieran. Abre también nuestros ojos y nuestro corazón, para que aprendamos a reconocer y a comprender a aquellos que entre nosotros han sufrido abusos.

Versão em português

João 9, 1-41

(15 de março de 2026)

A história do homem que nasceu cego no Evangelho de hoje suscita vários questionamentos. Aqueles que leem esse trecho depois de muito tempo costumam concentrar-se na forma como Jesus realiza a cura. Ele cospe no chão, faz uma mistura de saliva com terra, aplica-a nos olhos do cego e pede-lhe que vá lavar-se. O homem é milagrosamente curado. Mas como isso acontece? Parece estranho! E, afinal, quem é exatamente aquele cego sem nome? As informações sobre ele são bastante escassas: era cego de nascença, um mendigo, e seus pais eram judeus. Mas qual era exatamente a sua enfermidade? O que aconteceu com ele depois? Qual era o seu nome? Todas essas perguntas são interessantes, mas, se pensarmos bem naquilo de que o texto realmente trata, acabam por ser mais ou menos secundárias.

O próprio Jesus nos dá a chave de leitura para compreendermos o sentido mais profundo Evangelho de hoje quando diz que nele - no homem cego - se devem manifestar as obras de Deus (Jo 9,3). Jesus entende a cegueira não “apenas” como um problema médico, mas sobretudo como um problema de falta de compreensão e de falta de percepção da presença de Deus, da sua ação e dos seus mandamentos, bem como da nossa relação com Ele. Isto torna-se claro no final do texto evangélico de hoje, quando Jesus entra numa conversa com os fariseus sobre se eles devem ser considerados entre os que veem ou entre os que são cegos (Jo 9,1-41).

Isso abre uma reflexão que desempenha um papel que não deve ser subestimado, especialmente no contexto do *Safeguarding*. No fundo, trata-se de percepção e sensibilidade para com aqueles que foram vítimas de abuso. Nesse contexto, surgem algumas perguntas: somos capazes de reconhecer nas pessoas afetadas os feridos, os vulneráveis e os marginalizados a quem Jesus se dirigiu de modo especial durante a sua vida? Estamos dispostos a tratá-los com empatia, seguindo o exemplo de Jesus? Temos a capacidade de tornar tangível a justiça de Deus para eles por meio de nossas ações de solidariedade? Ou somos cegos diante do seu sofrimento? Indiferentes à injustiça que sofreram? Lentos para reconhecer a urgência de agir em favor daqueles que foram abusados?

O fato de sermos cegos, insensíveis e lentos ou, ao invés disso, atentos, empáticos e solidários, depende de permitirmos que Jesus, assim como fez com o cego do Evangelho de hoje, nos cure e abra os nossos olhos. Depende também de, como o homem que foi curado, confessarmos Jesus e acreditarmos nele (Jo 9,38). Uma fé assim professada não permanece estéril: ela produz frutos.

Essa postura diante da cura da cegueira já aparece claramente no Evangelho de hoje e também se manifesta no contexto da proteção das vítimas. No Evangelho, o homem curado é interrogado

pelos fariseus quase de forma inquisitorial. Eles levantam dúvidas sobre a cura: questionam se foi feita corretamente, se foi legítima e se não teria violado as leis religiosas vigentes (Jo 9,13-17). Os pais do homem, por sua vez, parecem distanciar-se um pouco dele e evitam envolver-se com a questão da cura (Jo 9,18-23). Em vez de se alegrarem e agradecerem porque o filho agora pode enxergar, preocupam-se com a possibilidade de que a cura realizada por Jesus leve à sua exclusão da sinagoga. Que esse receio não era infundado torna-se evidente quando o próprio homem curado acaba sendo expulso por se recusar a renegar Jesus (Jo 9,34).

Aqueles que trabalham na proteção de vítimas podem viver experiências semelhantes quando percebem o sofrimento das pessoas afetadas e agem com empatia e solidariedade em seu favor. Devem estar preparados para enfrentar questionamentos sobre se realmente lhes é permitido fazer tudo isso e se estão, de fato, aptos para atuar na proteção das vítimas. Devem esperar a rejeição assim que começarem a questionar os abusadores e a insistir na maneira adequada de lidar com eles. Por fim, os safeguarders devem também estar conscientes de que o seu compromisso com as vítimas de abuso pode levá-los a ser, em certa medida, excluídos e isolados pela comunidade da qual fazem parte.

Trabalhar na proteção das vítimas pode ser exaustivo, porque exige assumir uma posição. E esse é o compromisso do cristão, que é tão importante quanto rezar e participar da igreja aos domingos.

Perguntas

Como mudou ao longo do tempo a minha percepção das vítimas de abuso? Como posso melhorar a minha capacidade de perceber e compreender essas pessoas?

Oração

Senhor Jesus Cristo, tu fizeste os cegos ver. Abre os nossos olhos e os nossos corações para que possamos reconhecer e compreender aqueles que sofreram abusos entre nós

***Versione italiano**

Gv 9:1-41

(15 marzo 2026)

Il brano del Vangelo di oggi, che racconta dell'uomo nato cieco, lascia spazio a diverse domande. Di solito, nel rileggerlo, ci si sofferma sul modo in cui Gesù compie la guarigione: sputa per terra, mescola la saliva con la polvere per formare un impasto, dice al cieco di spalmarlo sugli occhi e poi lavarlo via. Così il cieco riacquista la vista. È un gesto incredibile che ci lascia sbalorditi! Ma chi era davvero quest'uomo cieco e senza nome? Di lui sappiamo pochissimo: cieco dalla nascita, mendicante, figlio di genitori ebrei. Ma che malattia aveva esattamente? Cosa gli è successo dopo? Come si chiamava? Tutte domande legittime, ma marginali, rispetto al vero significato del testo. Nel Vangelo di oggi, è lo stesso Gesù a offrirci la chiave di lettura dell'intero episodio: riferendosi al cieco spiega che la sua condizione serve affinché "si manifestassero in lui le opere di Dio" (Gv 9,3). Per Gesù, infatti, la cecità non è un "semplice" problema medico, ma rappresenta l'incapacità di percepire la presenza di Dio, la sua opera e i suoi comandamenti, nonché il nostro legame con lui. Questo culmina poi nel finale del brano, dove Gesù sfida i Farisei a interrogarsi se debbano considerarsi vedenti o ciechi (Gv 9,1-41).

Questo introduce un tema di fondamentale importanza, specialmente nell'ambito del *safeguarding*: la percezione del dolore e la vicinanza emotiva a chi ha subito abusi. Davanti a questo, è naturale porsi alcune domande: Sappiamo riconoscere, in queste le vittime, le persone ferite, vulnerabili ed emarginate a cui Gesù si è rivolto con particolare attenzione nella sua vita? Siamo pronti ad accoglierle con empatia nel nostro cammino di sequela di Gesù? Riusciamo, attraverso le nostre azioni e la solidarietà, a rendere tangibile per i loro occhi la giustizia di Dio? Oppure rimaniamo ciechi davanti al loro dolore? Indifferenti alle ingiustizie subite? Lenti nel comprendere l'urgenza di intervenire in loro favore?

L'essere ciechi, insensibili e pigri, oppure attenti, empatici e solidali, dipende dalla nostra capacità di lasciarci guarire da Gesù, aprendoci gli occhi, proprio come ha fatto con il cieco del Vangelo di oggi. Dipende dalla nostra volontà di riconoscerlo e di credere in lui allo stesso modo del cieco guarito (Gv 9,38). Una fede e una fiducia così forti portano, però, delle conseguenze.

Le conseguenze, già evidenti nel brano, sono altrettanto presenti nell'ambito del *safeguarding*. Nel brano, il cieco guarito viene interrogato in modo quasi inquisitorio dai Farisei: manifestano il proprio scetticismo non solo sull'effettiva guarigione, ma anche sulla sua liceità e sul rispetto delle leggi religiose vigenti (Gv 9, 13-17). I genitori del cieco ne prendono le distanze, evitando di farsi coinvolgere (Gv 9,18-23): anziché gioire e ringraziare per il dono della vista riacquistata dal figlio, sono preoccupati per l'esclusione dalla sinagoga. Che queste preoccupazioni siano fondate emerge chiaramente quando il guarito viene espulso per non aver rinnegato Gesù (Gv 9,34). Allo

stesso modo, chi opera nel *safeguarding* può trovarsi a vivere esperienze simili, quando sceglie di agire con empatia e solidarietà verso le vittime. Deve essere pronto a giustificare la legittimità del proprio operato e l'adequatezza delle proprie valutazioni. Spesso, poi, percepisce il rischio che il sostegno venga revocato non appena le indagini si concentrano sui responsabili e sulle modalità di intervento. In conclusione, chi opera nel *safeguarding* deve anche essere consapevole che l'impegno a favore delle vittime può comportare, in misura diversa, l'emarginazione nella comunità di cui sono parte. Sono inevitabilmente percepiti come elemento di rottura.

Operare nel campo del *safeguarding* può rivelarsi un compito logorante, che impone spesso chiare prese di posizione. Tuttavia, è parte integrante dell'impegno cristiano tanto quanto pregare e andare in chiesa la domenica.

Domande

Come è cambiata nel tempo la mia percezione delle vittime di abusi? Come posso migliorare il modo in cui vedo queste persone?

Pregiera

Signore Gesù Cristo, tu che hai donato la vista ai ciechi. Apri i nostri occhi e i nostri cuori affinché possiamo riconoscere e comprendere il dolore di chi, in mezzo a noi, ha subito abusi.